

Los corazones

Se despertó de la pesadilla algo más agitado que de costumbre. Aquella ventana, herméticamente cerrada, no dejaba entrar ni un rayo de luz ni salir una gota de aire. Por eso luchó para situarse, buscar la lámpara y de una vez por todas saber que tenía agarrado en su mano. El radio reloj, con unos pequeños números rojos, parecía ser la única colaboración con la que contaba desde hace tiempo. Números rojos impasibles y crueles que iban cantando y tiñendo de tristeza la mortífera atmósfera de su habitación, en una cuenta atrás sin fin. Parecía más bien una antesala del averno o un burdel húngaro, que la humilde pensión del puerto donde familias enteras pernoctaban antes de coger el tren que los llevaba a la vendimia. Sin duda, era su sala de tortura. Por eso, cuando encendió la luz de su mesita de noche, entendió que algo no marchaba bien, o mejor dicho, algo marchaba peor que de costumbre. Las sábanas estaban manchadas con un fluido rojo y viscoso que parecía sangre. Una sangre oscura, pegajosa. Sentado todavía en su cama, tuvo miedo, pero se acercó solemnemente a aquella cosa que yacía junto a él y tomándola con las dos manos, se levantó con ella hacia la luz. Y su mano izquierda apretó aquello que, a veces, parecía moverse y palpar. Era un corazón... parecía un corazón. Atropelladamente, quiso hacer memoria de su último sueño siniestro, de su última pesadilla, pero esta ya se había escapado de su maltratada mente. Desnudo y descalzo se precipitó hacia el resbaladizo y viejo cuarto de baño. Se miró los ojos en el espejo y no se reconoció. Volvió a observar el corazón entre sus manos y gritó enloquecido el nombre de su mujer, aunque sabía que el corazón que se desangraba era el suyo.